LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VIII — BARCELONA 23 DE DICIEMBRE DE 1889 — NÚM 417

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CELEBRIDADES EUROPEAS



ANTONIO RUBINSTEIN, copia de una fotografía

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *El 4 de agosto de 1808. ¡Zaragoza! ¡Palafox!* por don Rafael de Nieva. – *Las impresiones de un muerto... vivo (Autozanatografía),* por don Víctor Navarro. – *Literatura peligrosa (Artículo correspondencia),* por D.ª Francisca Sánchez de Pirretas. – *Noticias varias.*

GRABADOS. – *Antonio Rubinstein.* – *De sobremesa,* cuadro de Girardet. – *San Francisco de Paula,* dibujo de J. M.ª Marqués. – *Regreso al convento,* cuadro de Eduardo Zamacois. – *Día de fiesta,* cuadro de J. F. Engel. – *La tentación de San Antonio,* cuadro de Pedro Saenz. – *Suplemento Artístico: En el harem: cumplimiento de una sentencia,* cuadro de Bouchard.

NUESTROS GRABADOS

ANTONIO RUBINSTEIN

Diez años contaba apenas Antonio Rubinstein cuando se presentó por vez primera en público: era el día 30 de noviembre de 1839; la sala en donde debía hacerse oir el pequeño artista estaba llena de una concurrencia numerosa é inteligente que deseaba escuchar y juzgar al discípulo predilecto del célebre Villoing. Aquella noche obtuvo el pianista niño el primero de los triunfos que no habían de abandonarle ya más en su larga carrera artística; cuando los ruidosos aplausos y entusiastas aclamaciones ahogaron las postreras notas de la última pieza del programa, un joven avanzó hacia Rubinstein, levantóle en alto y dirigiéndose á los sorprendidos espectadores, exclamó: «¡Este será mi continuador!» Era Francisco Liszt, que en noble y reñida lid con el famoso Thalberg, acababa de conquistarse el título de primer pianista del mundo. El insigne autor de la *Sinfonía de la montaña* fué profeta.

Cuatro años más tarde pasó Rubinstein á Inglaterra, en donde Mendelsohn y Moscheles le prodigaron sus más calurosos elogios, y de allí regresó á su patria, no sin antes recoger abundantes lauros en Holanda y en Suecia; pero al poco tiempo su madre, señora de gran talento músico y de una instrucción vastísima, comprendió que Moscou no ofrecía elementos suficientes para completar la educación de su hijo, y decidió llevarle á Berlín, en cuya universidad recibió las lecciones del excelente profesor Sigifredo Dahn. Muerto su padre, y ausente por esta causa su madre, Rubinstein se dirigió en 1846 á Viena, y había conseguido ya crearse allí una posición independiente, cuando los sucesos de 1848 le obligaron á abandonar la capital de Austria y á encaminarse por Leipzig y Berlín á San Petersburgo. Al llegar á la frontera rusa ocurrióle un percance que pudo tener para él fatales consecuencias, de las cuales se vió libre gracias á su arte: la policía rusa, suspicaz siempre, pero más que de costumbre en aquel entonces, le prendió por no llevar pasaporte, que junto con sus originales de música había perdido, y tomándole por espía, disponíase á deportarle á Siberia, cuando la gran princesa Elena, por recomendación del conde Miguel Milhorski, llamóle á su presencia, y encantada al oirle en el piano, mandó ponerle inmediatamente en libertad.

Desde entonces fué Rubinstein el favorito de la noble dama, que le nombró músico de cámara y le abrió de esta suerte la senda de honores que le condujo al cargo de maestro de la capilla imperial, y en 1888 al alto puesto de consejero de Estado con el título de Excelencia.

En 1854 emprendió una gran excursión artística por Alemania, Francia é Inglaterra, cosechando en todas partes inmarcesibles laureles, y en 1858 regresó á Rusia, en donde por espacio de algunos años se dedicó, con ardiente entusiasmo, á fomentar y realzar la música en su patria, fundando en 1859 la Sociedad de Música y el Conservatorio, instituciones que bajo su dirección influyeron de una manera tan rápida como profunda y beneficiosa en la vida musical del resto del Estado.

En 1867 emprendió un nuevo y más largo viaje artístico por el antiguo y el nuevo mundo. ¿Hemos de decir que, como siempre, las ovaciones se contaron por conciertos y los triunfos por piezas de los programas? Poco después de su regreso á Rusia díjose que Rubinstein, fatigado de tanta agitación, pensaba entregarse á un relativo descanso, y en efecto pasó una temporada en su patria consagrado á trabajos tranquilos; mas al fin vencióle de nuevo su pasión favorita y se presentó nuevamente en todas las principales ciudades de Europa, dando aquellas series de conciertos que con fruición recuerdan cuantos á ellos asistieron y en los cuales pasaba revista de todo el repertorio clásico antiguo y moderno.

Sin entrar en el estudio y crítica de Rubinstein como pianista y compositor, que ni este es lugar á propósito para ello ni hace falta que digamos una vez más lo que es de todos bien sabido, condensaremos cuanto en tales conceptos podríamos exponer, copiando la siguiente frase de un reputado crítico alemán: «Rubinstein es el más gran pianista de entre los compositores de hoy día y el más gran compositor de entre los pianistas actuales.»

DE SOBREMESA

cuadro de Girardet, grabado por Bong

Una mañana de primavera, un sitio ameno, un almuerzo escogido y una compañera joven, alegre y bonita, ¿no es verdad que todos estos elementos justifican la satisfacción que se refleja en el semblante del apuesto oficial? Mas no se crea que las delicias de Capua hagan olvidar á éste sus instintos militares, nada de eso; aunque no lo parezca, tiene puesto sitio á una plaza cuya defensa se va debilitando por momentos y que no será difícil acabe por rendirse á discreción ante el fuego nutrido é incesante de sus miradas ardientes y de sus palabras seductoras.

Mr. Girardet, pintor suizo, ha reproducido en sus cuadros muchos episodios de la Revolución francesa, y en la última Exposición Universal de París ha expuesto varios de ellos, que han hecho honor á su gran talento y á su notable originalidad.

SAN FRANCISCO DE PAULA

dibujo de J. M.ª Marqués

Hay ciertos asuntos que sólo sintiéndolos muy hondamente pueden ser trasladados al lienzo de modo que causen ilusión completa. ¿Quién negará que entre los tales merecen figurar en primera línea los religiosos? Para reproducir los distintos afectos del alma humana en las más encontradas situaciones de la vida ordinaria (desde las más sencillas á las más dramáticas) puede el artista acudir á la observación de los modelos y escenas que en abundancia le ofrece la sociedad moderna; pero cuando se trata de estados psíquicos hoy raros sino del todo desaparecidos, ¿á dónde acudirá en busca de inspiración? Cierto que el estudio de los grandes especialistas de los períodos clásicos puede allanarle gran parte del camino que ha de recorrer, pero si á ese estudio no agrega algo de su propio y exclusivo dominio, algo que esté dentro y no fuera de él, la obra resultará profana por religioso que sea el sello impreso en el original que la inspirara.

Pues bien, Marqués, que en su *San Francisco de Paula* ha tenido que ceñirse á los preceptos de la historia y de la tradición religiosa y no ha podido apartarse en el fondo de la senda por otros trazada, ha logrado, sin embargo, que su cuadro no sólo resulte original, sino que refleje lo que él quiso que reflejara, el más puro misticismo, esa contemplación por medio de la cual el hombre llega á identificarse con el Ser infinito, y lo ha logrado haciendo que la imagen que sus ojos vieron y su mente retuvo pasara por su corazón antes de llegar á la mano que había de reproducirla.

Nuestro distinguido paisano ha dado una nueva prueba de su talento abordando un género bien distinto de los á que nos tiene acostumbrados y venciendo con asombrosa seguridad dificultades ante las cuales tantos artistas, y no de los adocenados, han venido á estrellarse.

REGRESO AL CONVENTO

cuadro de Eduardo Zamacois

Don Eduardo Zamacois nació en Bilbao en 1842 y empezó á los doce años á estudiar dibujo en su ciudad nativa, desde donde, á los catorce, pasó á Madrid ingresando en la Academia de San Fernando, cuyo director, el ilustre D. Federico Madrazo, le profesó desde luego paternal cariño y le dispensó su protección valiosa. Contaba diez y ocho años cuando marchó á perfeccionar sus estudios á París, teniendo la satisfacción de que Meissonier fuese primero su maestro y después su amigo. Tras muchos años de privaciones y de sacrificios que en vez de desanimarle enardecieron su pasión por el arte y su sed de gloria, logró en 1867 su primera medalla por su cuadro *Los bufones,* y obtuvo en la Exposicion Universal de París en 1870, por su tan conocido lienzo *La educación de un príncipe,* el premio que puso el sello á su legítima reputación. Desde entonces la vida fué para Zamacois un sendero de flores, la fortuna y la gloria le colmaron con sus preciosos dones; pero ¡cuán poco duradera fué tanta ventura! La guerra franco-prusiana y los sucesos de París obligáronle á trasladarse á Madrid, en donde falleció el día 12 de enero de 1871.

Zamacois es de los pocos pintores españoles á quienes se admira incondicionalmente; sobre sus obras no hay discusión posible: la crítica más severa no halla en ellas la más pequeña falta y los censores más rigoristas se descubren al verlas, desarrugan el sempiterno ceño y exclaman satisfechos: «¡Dios sea loado; he aquí un pintor!»

En los cuadros del malogrado artista no cabe hacer diferencia entre el conjunto y los detalles, entre lo principal y lo accesorio, entre lo grande y lo pequeño, entre la forma y el colorido, entre el paisaje y la figura; todo es en ellos hermoso, todo es verdad, todo atrae y cautiva.

¿Se quiere una prueba de que no exageramos? Véase *El regreso al convento,* pásese revista de cada uno de los personajes que en él figuran, desde el fraile de facciones contraídas no tanto por el esfuerzo que hace para reducir á obediencia al testarudo jumento como por la ira de verse blanco de las risas y cuchufletas de sus compañeros de comunidad hasta el que se aprieta los ijares y suelta la más franca y ruidosa carcajada; tiéndase la vista por la ciudad que se divisa en el fondo y al través de unos árboles que cuesta trabajo suponer dibujados; deténgase la atención sobre todos y cada uno de los objetos, aun de los más insignificantes, de que el cuadro está lleno, y dígase luego si nuestras alabanzas son simplemente golpes de incensario ó si resultan no ya justas sino pálidas al lado de lo que en realidad merece una de nuestras más legítimas glorias nacionales.

DIA DE FIESTA, cuadro de J. F. Engel

La joven tan delicadamente pintada por Engel regresa á su casa después de oir misa en la iglesia del vecino pueblo llevando en el semblante retratado el efecto producido en su ánimo por la palabra divina que ha escuchado con piadoso recogimiento.

¡Cuán bien armoniza la placidez de su espíritu con el poético paisaje que la rodea!

Un silencio solemne reina en la campiña; los aldeanos cumpliendo el santo mandamiento que ordena santificar las fiestas consagran el domingo al descanso y a la oración buscando en aquél la quietud necesaria para el fatigado cuerpo y en ésta la satisfacción del irresistible deseo que siente el alma identificada con la naturaleza de elevarse hacia Dios entonando himnos de amor y de gratitud al creador de todas las cosas, al dispensador de todos los bienes.

¡Felices los que de tal suerte logran al par que el descanso físico la paz moral, beneficio el más precioso de cuantos la Providencia ha concedido al hombre!

LA TENTACIÓN DE SAN ANTONIO,

cuadro de Pedro Saenz

Asunto es este que ha servido de tema á innumerables cuadros de pintores de todas las épocas y de todas las escuelas; y la verdad es que como pocos se presta á grandes concepciones ora el artista dejando volar su imaginación libremente acuda á su fantasía para personificar la tentación en las más caprichosas formas, ora acudiendo al estudio del natural y ciñéndose á los preceptos de la escuela realista trace una escena en la que el elemento humano prepondere de tal modo que á su lado palidezca, sino se borre por completo, el carácter religioso que generalmente suele destacar por encima de todo en las obras del género de *La tentación de San Antonio.* ¿Cuál de esas dos tendencias es preferible? He aquí una pregunta que sólo nos atrevemos á contestar diciendo que ambas pueden producir obras dignas de ser admiradas.

Pedro Saenz se ha amoldado á la segunda de las escuelas indicadas para presentarnos el interesante episodio de la vida del santo asceta: de composición atrevida, dibujado con gran conocimiento del desnudo y pintado con seguridad y valentía, el lienzo del distinguido pintor madrileño fué con justicia alabado por cuantos lo vieron en el Palacio de Bellas Artes de nuestra Exposición Universal, no sólo por las bellezas de ejecución que dejamos señaladas, sino también por el sello de originalidad que ha sabido imprimir á un asunto nada nuevo y por la habilidad con que ha salvado algunas dificultades anejas á la índole un tanto escabrosa de la escena reproducida.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EN EL HAREM: cumplimiento de una sentencia. Cuadro de Bouchard

El pintor francés Bouchard es bien conocido en el mundo artístico por sus cuadros representando escenas bíblicas y de la vida oriental: en el de grandes dimensiones que reproduce nuestro Suplemento Artístico, describe un episodio típico de la vida del harem cuya explicación se adivina con sólo contemplar la pintura. El sultán, hastiado de sus odaliscas y no queriendo que sean de otro las que una vez siquiera han sido suyas, las ha condenado á muerte obligándolas á que se estrangulen con los cordones de seda que para cada una traen distintos eunucos. En vano las hermosas cuanto desdichadas criaturas presas de la mayor desesperación prorrumpen en desgarradores lamentos; su señor no puede oir sus sentidas quejas y aunque las oyera no moverían de fijo su ánimo á compasión. En vano pretenden escapar del suplicio á que han sido sentenciadas; todas las puertas están guardadas por repugnantes esclavos cuyos alfanjes despiden siniestros reflejos y en cuyos corazones no han de hacer mella lágrimas ni súplicas. La sentencia es irrevocable.

Este asunto eminentemente dramático ha sido tratado por Bouchard con notable maestría: prescindiendo de los primorosos detalles y fijándonos sólo en los dos grupos principales, no podemos menos de admirar el contraste que ofrece la rudeza brutal de los eunucos insensibles así á los encantos físicos como á los impulsos morales y la belleza interesante de las infelices víctimas inmoladas en aras del capricho de su amo y en virtud de una bárbara costumbre de la mal llamada civilización oriental.

El *Cumplimiento de una sentencia* produjo gran sensación en la Exposición Internacional de Munich de 1888.

EL 4 DE AGOSTO DE 1808

¡ZARAGOZA! ¡PALAFOX!

(Recuerdos de agosto de 1869)

Para comprender tu grandeza ¡oh mil veces heroica ciudad! ciudad sagrada y santa para todo corazón español, es preciso verte como yo te ví, cuando ardía en mis venas el fuego de la juventud, y abrasaba mi alma la vehemente fe de los grandes ideales.

¡Cómo yo te ví!... ¿Quién puede definirlo? ¡Yo solo, si para ello bastase el amor que me inspiras! ¡Yo solo que sentí, contemplando tus venerandas ruinas, lo que nunca había sentido; el asombro de la resurrección gloriosa de España, herida de muerte por la más inicua de las perfidias; en tus muros, en los de tu sublime *hermana* Gerona, y en las calles de la *Villa* coronada con la *doble diadema del martirio y del heroísmo,* en que el pueblo del *2 de mayo* dió fe con su sangre, de que la raza española aun no había fenecido!

¡Y tú, Zaragoza, me lo revelaste todo: todo lo que yo no había sentido, viviendo desde niño en aquellos barrios bajos de Madrid, donde el pueblo conservaba aún desde entonces la religión de sus gloriosos recuerdos: tú me revelaste el culto de la patria; y en los vetustos muros de Santa Engracia, acribillados de balazos, destrozados por la metralla, agrietados por las descargas de artillería... pero en pie, como testigos de tu indomable fiereza; en aquellos muros donde permanece ingrávida la huella de aquella lucha de titanes, comprendí yo que en lo más recóndito de mi alma, perturbada todavía por las luchas á que me arrastraba mi tiempo, ardía oculto el fuego santo del amor patrio!

Unos cuantos libros sin mezcla de extranjería, unas cuantas visitas al archivo de la Corona de Aragón, á la Aljafería, á *la Seo,* al Pilar, y mis continuos paseos nocturnos por el *Campo de la lealtad* y por el puente del Ebro, completaron lo que yo llamo mi conversión á la religión de la patria.

Mis paseos por el puente sobre todo: porque el Ebro, que yo pasaba contemplando horas enteras, como si la gran historia de Aragón y la preclara de Castilla, en donde el Ebro nace, se reflejasen en el movible espejo de sus ondas; el Ebro que se deslizaba bajo mis pies á una altura formidable, majestuoso, sombrío, imponente como la leyenda heroica que había visto esculpida en los muros del convento de Santa Engracia; leyenda que él me repetía murmurando no sé qué notas graves y melancólicas, que en el solemne silencio de la noche resonaban en mi alma, alternando con el eco lejano de las enérgicas estrofas de la jota, con los ayes dulcísimos de la morisca guitarra y los penetrantes tonos de la bandurria; el Ebro, era para mi espíritu el misterioso trasmisor de la épica leyenda del pasado.

¡Qué leyenda! ¡Ante mi fantasía juvenil exaltada; ante mi vista, que se deleitaba en el color local de aquel gran cuadro, evocaba yo las imágenes de la Zaragoza de 1808. Las imágenes de aquellos frailes terribles, dignos no del pincel místico de Zurbarán, sino del pincel realista de Goya, que daban ejemplo batiéndose en la brecha como soldados, y sosteniendo con la fe sublime del sacerdote, el entusiasmo patrio, en aquel pueblo modelo, religioso y libérrimo como ninguno. Las imágenes de aquellos heroicos *baturros* de las campiñas aragonesas, que sin más armas que los bieldos ó las navajas, se arrojaban sobre las formidables columnas francesas y sobre los cañones enemigos que vomitaban la muerte, invocando á España, á Aragón y *á la Pilarica,* muriendo como buenos defendiendo á la agonizante patria. Las imágenes de aquellos bravos voluntarios de Huesca, de aquellos provinciales de Soria, de aquellos pundonorosos Guardias españoles y walones; de aquellas mujeres, de aquellos niños, de aquellos ancianos enfermos, hambrientos, espectrales, que para oponer aun resistencia al invasor infame, se arrojaban en masa sobre los granaderos franceses, batiéndose hasta morir; porque ni en la agonía dejaban de luchar con sus asesinos y...

¡Dios sólo sabe cuántas veces creí ver cruzar ante mis ojos las gallardas siluetas de Agustina de Aragón y de Manuela Sancho, y la figura épica del general Palafox, protagonista de aquella epopeya!

Pero como ciertas ambiciones cuando se apoderan del alma son insaciables, pronto no me bastó ni con las descripciones que leía asombrado en los documentos del archivo, ni con la historia del sitio, que sabía ya de memoria, ni con mi propia imaginación que, espoleada por el deseo, buscaba algo más; algo que me trajese un eco palpitante, *vivo,* de la Zaragoza de 1808, y Dios me lo concedió.

El padre de mi patrona, un septuagenario robusto como una encina, se había batido en Santa Engracia; tenía entonces diez y siete años, y se salvó por milagro de una carga á la bayoneta de los granaderos de Lannes, haciéndose el muerto entre un montón de cadáveres.

Cuando yo le conocí, era un Hércules *Farnesio*... que no podía moverse del carretoncillo en que sus nietos le llevaban todas las mañanas, lloviese ó soplase el viento del Moncayo, á oir su misa en la próxima iglesia del Pilar: pero su cabeza estaba serena, su imaginación despejada, su corazón de aragonés, *entero* para odiar á los franceses y adorar á España y á *la Pilarica;* y cuando comprendió mi entusiasmo, pasábamos los días y las noches, él hablándome y yo, con los ojos cerrados para perder de vista la triste realidad, que ya entonces empezaba á parecerme menos importante que mis ensueños, asistien-



DE SOBREMESA, cuadro de Girardet, grabado por Bong

do con mi patrón el septuagenario Fernandiz, al sitio de Zaragoza.

¡Horrendo sitio! ¡Largo tiempo los invasores no lograron penetrar en la plaza: cuando lo consiguieron, para apoderarse realmente de la ciudad invicta, tuvieron que sostener el sitio casa por casa, batiéndose día y noche cerca de seis semanas!...

¡Cuaresma pavorosa! Los enfermos y los heridos se aglomeraban en montones en las calles, por las que corrían, como único rocío de aquel calor tórrido, arroyos de sangre; las iglesias estaban convertidas en hospitales; los edificios se desplomaban sobre sitiados y sitiadores, destruídos por las bombas é incendiados por las camisas embreadas de las baterías francesas; los invasores, locos ya de furor y de asombro, saqueaban, destruían, asesinaban, profanaban lo más santo, y morían también como ebrios, víctimas del último esfuerzo de la agonizante Zaragoza; los muros que quedaban en pie, agrietados, fátídicos, asquerosos, ostentaban aquí y allí jaspeaduras horribles, pintadas al estrellarse en ellos los sesos de los combatientes, y el somatén no dejaba de tocar á rebato en la torre de *la Seu!*...

Al fin, el día 4 *de agosto* – ¡día inolvidable! – el general Lefebre-Desnouettes, asombrado y compadecido, admirado, y furioso de aquella ruina, de aquella resistencia *homérica*, de aquel estrago, envió un parlamentario *al campo enemigo*, y la frase merece subrayarse, porque Zaragoza cuyos dos extremos se designaban con aquel nombre no era ya más que una inmensa charca, donde sitiados y sitiadores bebían sangre.

El parlamentario llevó el siguiente escrito:

«Cuartel general de Santa Engracia, 4 agosto de 1808. – Paz y capitulación.»

«Cuartel general de Zaragoza, 4 de agosto de 1808. – *¡Guerra y cuchillo!*» – respondió Palafox.

***

Y transcurrieron nueve años: en ellos, Zaragoza insigne, pocas veces te recordé, al menos como tú mereces ser recordada. Verdad es que aquella incompleta década era para mí la postrer jornada de la juventud; esa jornada rápida como el vértigo, en que algo nos grita en lo más hondo del alma: «vive por completo el presente, porque para tí todo se convertirá pronto en pasado.»

Además, la época á que me refiero, no era la más á propósito para ciertos recuerdos: el sainete y la epopeya no tienen punto alguno de contacto.

En fin, al terminar el año 78 me fué preciso salir de Madrid para largo tiempo; yo creí que para siempre!

Madrid ha sido para mí, como para tantos otros, sangriento campo de batalla: vencido en la lucha, no por eso le amo menos; ¿ni cómo no he de amarle cuando en él están sepultadas mis esperanzas, mis aspiraciones, mi fe, mi juventud... lo más esencial de mi ser?...

Caí en una especie de anonadamiento sombrío: dediqué los últimos días que me quedaban, á recorrer la inmensa *Villa* en todas direcciones, como recorremos los cementerios hasta que damos con los epitafios de los que amamos en vida y también después de muertos; y una mañana... la víspera de emprender mi viaje, me dirigí sin objeto determinado, sin propósito fijo, hacia el paseo de Atocha, antipático para mí siempre, sin que jamás haya podido darme cuenta de la repulsión que me inspira; y más solitario y triste en aquel día de diciembre en que el radiante cielo de Madrid estaba velado por la cenicienta penumbra de la niebla.

Y sin embargo, yo aspiraba con delicia y con ansia, tal vez porque tenía fiebre, aquel ambiente saturado de humedad, y contemplaba conmovido los arbolitos deshojados que se extendían á lo largo del camino hasta la histórica Basílica de Atocha; aquellos arbolillos que ya no volvería á ver reverdecer, fiel imagen de la desolación de mi espíritu.

Luego... quise volverme: cuando niño, mi madre solía llevarme al Santuario siempre que iba la Reina: de hombre pocas veces entré en él, y la última en ocasión bien aciaga: cuando depositaron en la bóveda el cadáver del general Prim: así es que nunca más había pasado de la mitad de aquel triste camino.

La víspera de mi viaje seguí adelante.

El templo estaba desierto, si se exceptúa el sacristán mayor que al fijarse en mi perplejidad, dijo, juzgándome forastero:

– Viene V. á ver el sepulcro del general, ¿no es cierto?...

– ¡Pues! – repuse maquinalmente.

El sacristán me condujo á la capilla del enterramiento, que yo no conocía.

Pocos no la han visto.

Alta cancela la separa de la nave: en el centro, sobre ancho zócalo de mármoles y jaspes, está la estatua yacente del héroe de los Castillejos, del invicto y desdichado general Prim.

En los cuatro frentes del zócalo, sobre argentadas planchas, se destacan en bajos relieves de extraordinaria limpieza y valentía, las escenas militares más culminantes del ilustre difunto; y profusión de escudos, trofeos de armas, emblemas heráldicos, gárgolas y otros adornos esculturales, convierten aquel inmenso sarcófago de preciosas piedras y preciosísimos metales, en estuche de filigrana, que contrasta con los tonos sombríos de la augusta Basílica.

Pero yo apenas me fijé en tales adornos ni en la estatua, que sin quitarle valía, no me pareció ni con mucho, digna semblanza de aquel hombre, cuyo rostro era de los que no se olvidan nunca.

Mi pensamiento no estaba allí; recorría la extraña historia de aquel *D'Artagnan* de la realidad; y con el ánimo contristado por la memoria del *héroe de Africa*, con el corazón comprimido por los abrumadores recuerdos de nuestras últimas luchas civiles, seguí perturbado y confuso al sacristán por el centro de la nave, y de pronto me quedé inmóvil.

A la derecha del altar mayor, bajo el cúmulo inmenso de banderas turcas y francesas, agarenas y británicas, que como jirones de nuestro antiguo poderío, penden del alta bóveda, distinguí un nicho con lápida negra, en la que se destacaba un solo nombre:

¡PALAFOX!

¡Aquel epitafio severo, fué para mí una segunda revelación de los muros de Santa Engracia; aquel nombre, mil veces glorioso, elevándome de las miserias del presente, me arrastró de nuevo al sitio de Zaragoza... *después del sitio;* cuando los franceses, violando las leyes de los pueblos civilizados, pisoteando la honra de su misma patria; profanando las cenizas de aquellos *sesenta mil mártires* que murieron defendiendo tus muros, sublime Zaragoza, asesinaron á bayonetazos al patriota D. Santiago Sas, y fusilaron friamente al P. Basilio Boggiero, y saquearon el templo de tu Santa Patrona, y completaron su obra abominable aherrojando en el castillo de Vincennes á aquel héroe, ante cuya sepultura me hallaba en la iglesia de Atocha!...

Ciertas impresiones no se definen: la que yo sentí entonces pertenece á este número.

Pero... es lo cierto que, después de elevar desde el fondo de mi corazón una plegaria ardiente por el alma del ilustre Marqués de los Castillejos, caí de rodillas ante el sepulcro de Palafox!

RAFAEL DE NIEVA

LAS IMPRESIONES DE UN MUERTO...... VIVO

(AUTOZANATOGRAFIA)

Para cosas nuevas, palabras nuevas.

No estoy muy seguro de mi griego, pero sí de que la palabreja que acabo de inventar, corresponde perfectamente por su extrañeza, á lo extraño del caso que voy á referir.

Estoy dispuesto á creer que no he sido ni el único, ni el primero, que se ha hallado en la anómala situación de muerto vivo, pero dudo, y casi estoy por decir, niego, que otro alguno se haya encontrado en condiciones para referir, al recobrar todos sus sentidos y potencias, las impresiones recibidas durante el paréntesis intercalado en



SAN FRANCISCO DE PAULA, dibujo de J. M.ª Marqués, reproducido fotográficamente



EN EL HAREM: CUMPLIMIENTO DE UNA SENTENCIA, COPIA DEL CUADRO DE BOUCHARD

(Exposición Internacional de Munich de 1888)



REGRESO AL CONVENTO, cuadro de Eduardo Zamacois

su existencia por la suspensión temporal de todas sus funciones vitales.

Ignoro si en la especie de los catalépticos habrá algún grupo ó sub-especie que se llame de los *semi catalépticos*, pero si no lo hay, mi ejemplar podría servir de base para constituirlo, pues, efectivamente: yo no soy un cataléptico completo, sino un *semi*, ó *casi* cataléptico.

Robusto y perfectamente constituído, no recuerdo haber estado enfermo en mi vida, y hasta he oído referir á mis padres que, ni sufrí por la dentición, cuando niño, ni he pasado el sarampión; y que el trance para otros tan sensible y peligroso del destete, fué para mí tan fácil y sencillo que anochecí mamando y amanecí comiendo solomillo.

Pero, á cambio de tanta salud, ó quizás por exceso de ella, fué siempre mi sueño, desde el materno regazo, más que extraño, asombroso, por lo fenomenal. No sólo le tenía pesado y duradero, de una manera excepcional y sorprendente, sino que, á las veces, solía ocurrirme que era el despertar lento y trabajoso como si saliese de un letargo narcótico. Tenía los ojos abiertos, oía perfectamente lo que se hablaba á mi alrededor, pero sin poder articular palabra ni hacer movimiento alguno; sin darme cuenta de mi situación; amortecida la memoria, velada la inteligencia y totalmente sin fuerzas la voluntad.

Las primeras manifestaciones de este padecimiento fueron causa, como es muy natural, de gran susto para mi familia, que consultó el caso con los mejores médicos de la población en que á la sazón vivíamos. Estos, aunque no supieron hallar explicación satisfactoria á aquel desarreglo fisiológico, no quisieron, con todo, confesarse vencidos, y me recetaron tantas drogas, y tal régimen me prescribieron que, si bien es verdad que no produjeron resultado alguno favorable, en cambio, y como suele su ceder con alguna frecuencia, estuvieron muy cerca de dar al traste con mi hasta entonces inquebrantable salud. Los accesos siguieron repitiéndose de tanto en tanto, y, sea que mis padres se fueron acostumbrando á ellos, puesto que ninguna mala consecuencia traían en pos de sí; sea que se aburrieron del gasto de las medicinas y de las molestias del régimen, que para nada servían, poco á poco llegamos todos á no hacer caso—ni yo mismo—de aquella especie de enfermedad que, si lo era, en nada me molestaba.

Mas, por una inclinación fatal, que no pude resistir, me aficioné andando el tiempo á la lectura de la sección espeluznante de los diarios, y entre el sinnúmero de atrocidades que con harta frecuencia daban pasto á mi insana curiosidad, atrajeron preferentemente mi atención los varios casos de catalepsia que, con detalles y observaciones más ó menos científicos, pero siempre maravillosos, se solían referir en dicha sección. De este modo, no sólo llegué á aprender la crónica de la catalepsia contemporánea, sino que, además, quedé tan fuertemente impresionado por los horrores que casi siempre acompañan á aquella muerte aparente, que adquirí como una especie de monomanía *cataleptsíaca* (si me es permitido expresarme así), por la que, exagerando las anómalas condiciones de mi sueño, me creía condenado á sufrir la catalepsia y á ser enterrado vivo.

Poseído de un verdadero terror, fuí discurriendo todo linaje de precauciones para evitar tan horrorosa catástrofe. Comencé por no querer pernoctar nunca fuera de mi casa; si alguna vez había de realizar algún viaje preciso, procuraba ir acompañado, ó de amigos de mi intimidad, conocedores perfectos de mis accidentes letárgicos, ó de un criado antiguo en cuyo afecto tenía completa confianza.

Redacté una especie de reglamento para mi entierro, é hice sacar varias copias; una de ellas estaba guardada en el cajón de mi mesa de noche; otra en mi secretér; otra formaba parte de mi equipaje en todas mis excursiones. Además fué aquél incluído entre las cláusulas de mi testamento.

En cuanto los médicos anunciasen la inminencia del peligro de mi muerte, ó ésta sobreviniese, de cualquier modo que fuera, deberían ser llamados á mi cabecera los dos albaceas y tres íntimos amigos míos además, constituyendo todos con mi más arriba dicho criado, una especie de junta ó consejo funerario. Su objeto, casi es inútil decirlo, era cerciorarse de la realidad de mi muerte, en primer término; y en segundo, cuidar de que fuesen cumplidas con rigurosa exactitud todas las prevenciones por mí establecidas para mi entierro.

Este no debería verificarse hasta tres días después de mi fallecimiento, y durante ellos, estaría mi cadáver custodiado día y noche por una guardia de doce hombres que se relevarían de hora en hora, y de uno en uno, bajo la dirección de los miembros de la junta arriba mencionada que desempeñarían por turno este servicio. No hay para qué advertir que en mi testamento dejaba dispuestas largas recompensas á todos estos cuidados.

Mi ataúd había sido construído bajo mi dirección: era de madera de cedro, tenía ocho pies de largo, cuatro de ancho y seis de alto; se hallaba interiormente forrado de damasco y acolchado en todas direcciones; á fin de que cualquier movimiento ó esfuerzo que allí dentro se hiciese, no resultase nunca duro ni menos doloroso.

La tapa, formada de dos hojas unidas á la caja por medio de bisagras de bronce, se cerraba sobre la parte superior en el sentido del eje longitudinal; y á virtud de un fuerte resorte, dispuesto de manera que, desde el interior, y oprimiendo un grueso botón de marfil convenientemente colocado para ser encontrado con facilidad á tientas, se abrían instantánea y violentamente las dos hojas de la tapa.

Híceme construir un panteón en forma de templete griego, con su esbelta y graciosa cúpula; (todavía puede verlo el lector que tenga esta curiosidad, en el cementerio de ***). En su espacioso recinto no había más que una media mesa de mármol destinada á contener mi féretro. Suspendida sobre ella, y rozando con su borde, había una cadena de eslabones de hierro, que era llamador de una sonora campana establecida, con evidente anacronismo, sobre la cúpula del templete. Aquella campana se oye, no sólo desde la habitación del conserje del cementerio, sino que también desde todos los caseríos y alquerías situados en un radio de tres kilómetros en contorno.

La puerta del sepulcro era – y es – de encina chapada de hierro; y su fuerte cerradura, que resistiría toda violencia exterior, se halla dispuesta de modo que con la mayor facilidad puede abrirse desde la parte de adentro.

Juntamente con mi cadáver, se habían de depositar en el panteón, sobre una ménsula de piedra adosada al testero, á modo de altar, una botella de Jerez, un cajoncito de galletas, un frasco de éter, y una caja metálica de cerillas inglesas. Sobre un candelero, un grueso y largo cirio, y sobre un sillón de hierro, una amplia y mullida manta de lana.

Yo debía ser amortajado en traje de casa: mi gorro de terciopelo guatado, mi hermosa bata de paño bordado, también acolchada y forrada de seda; mis anchos pantalones, y mis pantuflas de piel. Al interior mi traje de punto de lana inglés. Prohibición absoluta de atarme las manos, ni sujetarme las mandíbulas, ni ponerme cosa alguna que pudiese pesar sobre mi cuerpo, ó entorpecer mis movimientos.

Además de esto, dejaba consignado en mi testamento, y una vez muerto yo, debería hacerse público por bandos, pregones y periódicos, que se daría un premio de mil duros al primero que acudiese en mi auxilio cuando sonase la campana de mi sepulcro.

Tomadas todas estas precauciones, que me costaron no poco tiempo de combinar, me sentí más tranquilo, y recobré poco á poco mi libertad de espíritu y mi buen humor. A mayor abundamiento, resolví no leer más relatos terroríficos de enterramientos prematuros, y casi llegué á olvidarme de la catalepsia y sus consecuencias.

Pero ¡cuán vana es la previsión del hombre contra su destino! A pesar de todo el anterior fárrago de precauciones, yo he sufrido los horrores inconcebibles, las angustias imponderables del enterrado en vida!

Al despertar cierta vez de uno de mis letargos, me encontré en medio de la oscuridad más profunda y el silencio más absoluto. Un acre olor de tierra húmeda me envolvía. Por mis manos, colocadas simétricamente sobre mi estómago, sentía el repugnante cosquilleo que sobre la piel produce el paso de algún insecto microscópico. Súbito, me asaltó la idea de la catalepsia, y por un movimiento instintivo extendí los brazos, que chocaron sobre unas tablas rudamente labradas, y húmedas Quise incorporarme, y dió mi frente contra otro madero que servía, al parecer, de cubierta. Lleno de un terror que embargaba todo mi ser, quise gritar, pero la voz se ahogó en mi garganta, pues una especie de venda sujetaba mis mandíbulas.

Este último detalle, que recordaba yo haber observado en algunos cadáveres amortajados, acabó de anonadarme. Era indudable que, sorprendido por mi accidente letárgico en medio de personas desconocidas, yo había sido enterrado vivo. Aquel tosco ataúd no era mi elegante, rico y cómodo féretro; aquel pronunciado olor de tierra húmeda, me demostraba que yo no había sido enterrado en mi espacioso panteón, sino en una fosa común. ¡Sabe Dios cuántos pies de tierra gravitarían sobre mi caja!

Las ropas con que estaba vestido no eran tampoco las prescritas en mi testamento. Inútil era buscar el botón de marfil, llave maravillosa de mi ataúd, ni la cadena con que había de sonar el toque de alarma. ¡Toda esperanza era imposible! La horrible desgracia que tanto había temido siempre, era ya una realidad. Mis mejores amigos, lejos de mí, no podían acudir en mi auxilio. La junta funeraria, con tanto pulso por mí escogida, ignorante de mi situación, nada podía hacer por mí!

En un segundo, pasaron por mi imaginación todos los recuerdos más queridos de mi vida: el horror de aquel momento entonces presente, me hacía aparecer, por contraste, con más brillantes colores, y más atractivo aspecto, cuantas cosas había amado yo en el mundo, cuantas me hacían apetecible y venturosa la existencia! Y todo, todo perdido para siempre, y sin remedio!!

Ya en brazos de la desesperación, ya sin ninguna idea de ser oído, ya sin ninguna aspiración de socorro, rompiendo el dolor toda valla, subieron á mis ojos torrentes de llanto, y á mi garganta oleadas tales de sollozos, que al esfuerzo, aflojóse la ligadura que me sujetaba la barba, y rompí en ayes tan desgarradores, tan estridentes, tan estrepitosos, que...

A una clamaron varias voces:

–¿Qué es eso? ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

Y de improviso, penetró la luz en aquel antro, y muchas manos me agarraron á un mismo tiempo, y mi cuerpo fué transportado en vilo al aire libre, bajo el cielo azul y el sol espléndido.

Yo, todavía sin poder hablar, sacudido por los sollozos, velada mi vista por las lágrimas, no me daba cuenta de lo que me sucedía, no recordaba nada de cuanto me rodeaba y apenas si conocía las facciones, para mí tan queridas, de uno de mis mejores amigos que, con el rostro inclinado sobre el mío me contemplaba con ansiedad, cogidas cariñosamente entre las suyas, tibias y suaves, mis manos frías y crispadas por el terror.

***

No sin esfuerzo recobré la calma, quedando aún por mucho tiempo quebrantado de cuerpo y de espíritu. Esto hizo que pasasen algunos días antes de que yo tuviese la explicación del terrible enigma.

Mi amigo Juan y yo, habíamos oído hablar tanto de las *tiradas* en la Albufera de Valencia, que entramos en deseos de asistir á una de ellas. Acompañados de un propietario de *marjales* en las cercanías de aquel hermoso y pintoresco lago, salimos de la ciudad en la tarde de un viernes del mes de noviembre, en un desvencijado y maltratado vehículo nombrado tartana, con dirección á un punto llamado el Puente de la Esperanza. Allí hubimos de tomar un barquichuelo plano que nos condujo á una *barraca* del pueblecito que se conoce con el nombre de *El Saler*, y teniendo por asiento una pequeña isleta húmeda y fangosa, está formado por chozas de pescadores y apeaderos de cazadores ricos de la capital. Cenamos tan copiosa como alegremente, oyendo los cuentos y agudezas de los *barqueros*, verdaderos prácticos del lago, tan diestros en el manejo de la escopeta como en el de la *percha*, y que si tienen extraordinario acierto para derribar piezas al suelo, no es menor su maña para hurtar las que otro hirió, bien sobrenaden, bien se zambullan hasta el fondo de cieno que forma el lecho del lago.

Era bien entrada la noche, y como la cacería se ha de hacer precisamente al romper el día, que es cuando las aves acuáticas dejando sus alcobas de espadañas levantan el vuelo en busca del cotidiano pasto, resolvimos irnos á dormir.

La barraca donde nos hallábamos, no era de ninguno de los allí presentes: un amigo del nuestro le había facilitado la llave, protestando de lo desmantelado de la casa; y con efecto, era ésta una pequeña construcción de madera que constaba de una sola pieza en la planta baja, con una chimenea en uno de los ángulos, y dos puertas simétricas, una á levante y otra á poniente. Allí estaba guardado el barquichuelo que tenía para su servicio el dueño de la casa, y que por medio de una suave y pequeña rampa era botado al agua y retirado de ella.

Un techo de tablas, bastante bajo, formaba el piso del departamento alto, especie de buhardilla á que en el país dan, si no recuerdo mal, el nombre de *sostre*. A lo largo de ambos lados de esta pieza, había construídos unos cajones á modo de literas de camarote, destinados á camas de los cazadores, y que se solían llenar de paja de arroz para darles alguna blandura, pero que en aquella ocasión estaban completamente vacíos. Casi inmediatamente sobre ellos venía el arranque de la cubierta ó techo de la barraca, y si en el centro, donde se hallaba la máxima altura, cabía andar de pie, aunque encorvando el cuerpo, en los lados, y sobre todo para meterse en las literas, era indispensable ponerse á gatas.

Uno de aquellos cajones fué mi lecho, sin visos de colchón ni cabecera, pues la manta de campo que llevaba, preferí echármela de cubierta, porque el frío era algo intenso.

Llegó la hora de partir, todavía de noche, y en vano trataron de despertarme: conoció mi amigo Juan que me hallaba sufriendo uno de mis accidentes letárgicos, y explicando á los demás, en breves palabras, lo que me sucedía, después de haber dudado si renunciarían á la tirada, en que no podía tomar parte, tranquilizados por Juan, que aseguró la ausencia de todo peligro derivado del letargo, resolvieron partir, cerrando con llave la barraca, y persuadidos de que estarían de regreso antes de que yo hubiese podido despertar.

Por accidentes propios de la tirada, que fué buena, retrasaron algo su vuelta, y dieron ocasión á que yo despertase completamente solo y en absoluta oscuridad y silencio. Las tablas con que mis manos habían tropezado, fueron las de la litera; el olor de tierra húmeda era el que en aquel país pantanoso se siente por doquier; la supuesta venda que me ataba las mandíbulas, no era sino un pañuelo que, en sustitución de mi gorro de dormir, me había puesto, atando sus puntas por debajo de la barba. Como la manta se me había caído, por no haber medio de sujetarla, yo, con el frío de la mañana, me había quedado rígido; la colocación de mis manos sobre el estómago, era debida á la estrechez del cajón, y á la posición en decúbito supino que forzosamente tenía que guardar.

Mi completa falta de memoria en tales accidentes, me había impedido recordar al punto todas las circunstancias de mi situación; y como la idea terrorífica de la catalepsia absorbió bruscamente, y de una manera avasalladora, toda mi actividad cerebral, ya no tuve juicio, ni reflexión, ni nada. Durante mis angustiosos esfuerzos llegaron mis amigos, y aunque bastante ruido hicieron al entrar, yo nada oí, presa como me hallaba del espanto. Juan y nuestro amigo valenciano habían subido á verme con cariñoso interés, y por mera curiosidad, dos de los barqueros, cuando yo rompí á sollozar, y esta fué mi fortuna de hallar tan pronto su auxilio y su consuelo.

Excusado es decir que allí terminó la jira, que se dispuso en seguida la vuelta á Valencia, y que tras dos días de reposo, guardando cama, me restituí á mis lares, donde necesité, como ya he dicho, bañarme durante algún tiempo en aquel ambiente de doméstico bienestar, de familiares recuerdos y de amistosos cuidados, para recobrar por fin, y para siempre, la más perfecta tranquilidad.

El ataque en la Albufera fué el último que he tenido.

y hace ya tantos años de esto, que me considero curado de mi *semi-catalepsia* y sobre todo de mi manía *catalepsíaca*. He roto mi testamento y las copias de mis instrucciones funerarias; he *disuelto* la junta que, por fortuna, no tuvo necesidad de constituirse jamás, y me he abandonado al destino, en cuanto al trance fatal é inevitable de mi muerte se refiere, no conservando como reliquia de tantas cavilaciones más que el famoso panteón, vacío.

Por muchos años que lo esté, si he de ser yo quien lo ocupe.

P. E. – VICTOR NAVARRO.



DÍA DE FIESTA, cuadro de J. F. Engel

LITERATURA PELIGROSA

(ARTÍCULO CORRESPONDENCIA)

CARMEN Á EULALIA

Noviembre 1886

«Héteme aquí, mi querida Eulalia, definitivamente instalada en la casa paterna, bajo la férula de un padre que sueña en proporcionarme diversiones, al lado de un hermano, que aunque mayor que yo, me honra con el título de confidente y amiga y al cuidado de una respetable señora, que si gracias á los maravillosos inventos del siglo no peina canas, cuenta por lo menos diez sabrosos lustros cuidadosamente conservados.

Mimada por los tres, adulada en todas partes (se me antoja que no tanto por mi figura como por la buena posición de que goza papá) y circundada de la poética aureola que prestan los diez y ocho abriles, he de confesarte á tí, que eres mi hermana del alma, que graciosamente me aburro.

Dos meses apenas van transcurridos desde aquel venturoso y no menos aciago día, marcado con rosa y negro en el catálogo de las fechas memorablesde nuestravida, en que por una rara coincidencia abandonamos ambas á la par nuestro convento-colegio después de haber vivido, casi sin interrupción, diez años juntas, y ya he derramado sino las únicas lágrimas, las más amargas de toda mi vida. Tú, marchaste á sepultarte en la farmacia de tu cariñoso padre, entre ungüentos, pócimas y lenitivos, para vivir olvidada con tu espléndida belleza de inglesa entre los vericuetos de tu humilde lugar, y yo, vine á aturdirme entre el torbellino y el bullicio de la capital y á embriagarme, altivamente engalanada con mi tipo meridional, entre las emanaciones de la lisonja y de la adulación.

¡Cuántas ilusiones desvanecidas! ¡Cuántas esperanzas defraudadas! ¿Aquellos maravillosos proyectos, aquellas fantásticas escenas que de mancomún forjaba la soñadora fantasía de ambas? Pura quimera. ¿Recuerdas aquel poético *Trovador* que en una época de vacaciones leí en casa, que enternecida te relataba yo durante los ratos de asueto y que á ambas nos hacía derramar abundantes lágrimas? Vana ilusión. Ignoro si existe alguna Leonor, pero puedo asegurarte que desapareció por completo de nuestra insípida sociedad la raza de los Manriques. Ya no hay delirios de amor, huyó para siempre la época caballeresca. Ah, ¿por qué no nací algunos siglos antes? No te rías de mis quiméricos deseos, pero en medio de cuanto me rodea, únicamente soy feliz cuando lejos de la sociedad, me encierro á solas con mis favoritos *Oscar y Amanda*, *Corina*, *Quintín Durward*, nuestro favorito *Trovador* y algún otro. Entonces mi soñadora fantasía se traslada á esas épocas caballerescas y mi alma embriagada en aquella deliciosa atmósfera, toda sentimiento, toda amor, toda poesía; es durante algunas horas completamente feliz. ¿Me dirás sin duda que el despertar ha de ser doloroso? No te engañas. Después de estos deliciosos éxtasis, es cuando más me hastía, más me aburre, esta prosaica sociedad que me rodea.

¿Pudiera yo, toda sentimiento, toda ilusión, enamorarme de alguno de esos zánganos cuidadosamente empaquetados entre el flotante, pantalón y el ajustado chaqué, invariablemente calzado el guante color calabaza, prendida del ojal la indispensable florecilla, colgados aun ayer de las sayas de mamá y cometiendo hoy las mil necedades por sentar plaza de gastados calaveras? No y mil veces no. En los teatros, en las reuniones, á la puerta de la iglesia, en todas partes, te aguarda lo mismo: cuatro frases huecas y algunos gastados piropos repetidos hasta la saciedad.

Esto es abrumador. Si al menos te tuviera á mi lado, ¡ah! entonces tal vez se transformara en color de rosa lo que hoy veo con cristales ahumados.

No me faltan amigas, pero llenan tan poco esas amistades de cumplimiento... ¿Y cómo pudiera yo, hallar otra cual tú, mi Eulalia? Juntas crecimos, juntos corrieron los bulliciosos juegos de nuestra infancia, la igualdad de edades y caracteres afirmó más nuestro cariño y hasta esa misteriosa melancolía que envuelve á los hijos que vienen al mundo perdiendo á su madre la llevamos las dos impresa en nuestra frente.

Hace unos días... ¡bah! me había propuesto no decirte nada, porque no fuera la primera vez que creyendo hallar un algo, tropezara con la mayor de las vulgaridades. Piensa tan sólo que hay dos potentes *focos*, que con ser muy negros, alumbran y abrasan más que el sol, que se turban al tropezar con mi mirada, que mudos pero elocuentes leo en ellos, ora los vea melancólicos y tristes, ora animados y llenos de esperanza, un mundo de delirio y de pasión.

Exploremos. El hombre que no defina el amor como á puro sentimiento del alma, está perdido en mi concepto.

Adiós, mi querida perezosa; quedo estudiando el proyecto de olvidarte pronto, al mismo tiempo que aguardo impaciente esas impresiones *silvestres* que tanto te cuestan de hilvanar.

DE LA MISMA Á LA MISMA

Febrero 1887

Mi Eulalia, al fin soy feliz. ¡Amo y soy amada!

Tú que me conoces podrás pesar el valor de estas palabras dichas por mí. Creo no equivocarme, es nuestro tipo, ¿me entiendes? demasiado sé que sí. De fascinadora y lánguida mirada, negro cabello, elegante sin presunción, amante por naturaleza, sufrido sin ser cobarde, poeta sin pretensiones, canta con sentimiento y domina como maestro el violín y el piano; un pequeño lunar tiene sin embargo, es algo recio de cuerpo y no se llama Manrique, Gualberto, ni Arturo; se llama simplemente Pedro Lavalle, pero es tanto lo que me ama que he llegado á olvidar estos defectos.

El otro día... ya conoces mi carácter, me aburren las cosas sin sensaciones. Un amor sin peripecias, sin sobresaltos, se me antoja un jardín sin flores, ó por lo menos una flor sin olor. Salir, entrar, verse sin interrupción todos los días y jurarse amor todos los instantes, comenzaba ya á serme monótono. (Porque ya comprenderás que es el niño mimado de la casa, á papá lo tiene bobo con su talento y sus buenas notas, estudia el cuarto año de derecho; á Pepe, mi hermano, le da lecciones de violín y á doña Amparo, nuestra bondadosa ama de gobierno, la tiene enternecida ofreciéndole agua bendita en la iglesia y aguantándole las madejas de la calceta.) Te decía que el otro día (no me riñas, comprendo que soy muy loquilla) le impuse á trueque de un rizo de mis cabellos (por el que há mucho tiempo suspira) la condicion de no verlo por casa en quince días. Fuí inexorable. Ni súplicas, ni promesas, ni juramentos, nada fué bastante á hacerme variar de resolución. ¿Qué hará? – pensaba entre mí gustando la punzante zozobra de la inquietud. – ¿Infringirá la orden? ¿Romperá la consigna?.....

Salí al balcón á contemplar la luna momentos antes de acostarme. Eran las doce. Un bulto se recostaba en la esquina cercana; su negra silueta se dibujaba en la acera, una mirada sombría pareció atravesar la distancia que nos separaba y clavarse en mis pupilas en ademán suplicante. Contemplé breves momentos el astro de la noche y cerré el balcón sin darme por aludida.

Así pasaron ocho días. En el paseo, en misa, en el teatro, en todas partes donde yo me hallara, estaba él, frío, inmóvil, con sus negros ojos clavados en mí. Llovieron cartas, billetes y al fin mi hermano reprochando mi proceder me obligó á levantarle el destierro.

¡Oh mi encantadora rubia, cuán feliz fuí en aquellos momentos!

Estaba horriblemente pálido; en sus ojos se leía el insomnio y la desesperación. Tomóme ambas manos en un arranque de mudo dolor y dos ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas produciendo al caer un ruido seco cual amargo reproche á mi cruel proceder.

– Un día más – dijo con voz ahogada – y ya era tarde.

– ¿Cómo? – exclamé yo temblando. – Un nuevo alistado en el banderín de Ultramar, ó un ser más levantándose la tapa de los sesos. – ¡Loco! – grité estrujando sus manos entre las mías temiendo se me escapara.

Y como justo galardón á tan heroico sacrificio le entregué mi retrato y un ramalito de mi trenza sujetos con la siguiente inscripción: «tuya ó de nadie; tu amor ó la muerte.» Trémulo, delirante de pasión, juróme un amor eterno, sin límites, y desde aquel día veo en él el verdadero ideal de mis ensueños de adolescente.

Cuéntame cuanto te ocurra con esos buenos lugareños, que por tu interminable silencio colijo cuán por completo te roban á mi cariño.

EULALIA Á CARMEN

Marzo del mismo año

Mi inimitable cómica, mi gran artista. He reído y he llorado leyendo tu deliciosa epístola. ¡Cómo juegas con la pasión de ese pobre joven cual si fuera una pelota! Ten cuidado no te lastimes, porque esas armas de dos filos suelen ser de peligroso manejo y estaría inconsolable si tal sucediera.

Aquí, mi caprichosilla, simplemente vegetamos, cambiando de tono como el tiempo.

Lo primero que encontré al llegar á casa sobre el velador de mi cuarto ¡pásmate! fué el *Quijote* del inmortal Cervantes. ¡Pobre padre! creyó sin duda proporcionarme un buen pasatiempo y no hacía más que bostezar cada vez que lo abría. ¡Cuán grabadas estaban aún en mi mente aquellas deliciosas escenas que tú me describías entre



LA TENTACION DE SAN ANTONIO, cuadro de Pedro Saenz, grabado por Sadurní

Premiado en la Exposición Universal de Barcelona, 1888

el enamorado Manrique y la sentimental Leonor, para que pudiera yo saborear los refranes de ajo y gazpacho del buen Sancho! Nada, que lo empecé cien veces y otras tantas lo tuve que dejar, y eso que en toda la casa no hallé más que un tratado de medicina legal de Mata y otros *librotes* por el estilo, que maldito si me importaban un ardite.

Por la noche (y ahora sí que te ríes de tu provinciana) se reunen en torno del clásico tapete unos cuantos amigos viejos y jóvenes de papá, se juega al solo, á la mona y alguna vez (si hay faldas) á prendas.

Y precisamente en ese juego fué... ¡bah! no es como el tuyo, elegante, músico, poeta; es simplemente el notario de la población, con sus veintisiete años, de mediana estatura, cabello castaño (descuidadamente alisado), ojos del mismo color (ni grandes ni pequeños), escaso bigote, vestido á la usanza del país y con una conversación... antes indiferente para mí, pero armoniosa y persuasiva hoy que comprendo habla el lenguaje de la verdad.

Le gusté, no me desagradó, y entre sacarme á salvo de las peripecias del juego, y hacerme el blanco del rescate de sus prendas, nos llegamos á comprender. No le pido sacrificios, ni me los pide; no nos hacemos juramentos, ni deliramos con nuestra pasión; sencillamente procuramos complacernos y amarnos.

Papá, que se fastidia de verse siempre tan solo, ha fijado nuestra boda para el próximo otoño.

Y mientras tú con tu poeta te elevas por las nubes de tu fantasía embelesada con sus odas y sus arias; yo me abato por los suelos de la realidad, entre los citratos y los sinapismos de papá y los protocolos de mi notario.

Mi Andrés (que en gusto literario es tan prosaico como su figura) me regaló el otro día con unos tomitos de algunos artículos escogidos de las *Escenas Matritenses* de Mesonero Romanos. ¡Qué naturalidad! ¡Qué elegancia de estilo! ¡Qué castizo en el lenguaje y cuánta verdad! Estoy radicalmente curada. Chica, comprendo que estábamos enfermas de imaginación; así que no tardes en leerlos y tal vez te reirás de lo mismo que hoy aplaudes. Yo de mí, sé decirte, que me ha quitado hasta el más pequeño resabio de aquellas románticas ideas que tan embobadas nos tenían á entrambas.

Y hasta aquel mismo *Quijote* (no há mucho tiempo tan maltratado por mí) es hoy (por doquiera que lo abro y que lo leo) un manantial de deleites y una fuente inagotable de melodiosos modelos literarios.

Si no me quitan el gusto pienso hacerte una visita con mi futuro en cuanto me case. Aguardo tu opinión.

CARMEN Á EULALIA

Agosto del mismo año

Todo acabó para mí. Aun resuenan en mis oídos cual sardónicas carcajadas mis placenteras frases de ayer. ¡Ah mi Eulalia! temo empezar, porque de cualquier manera que empiece lo he de hacer maldiciéndole. Mide por ello la eterna noche de mi pecho, lo terrible de mi dolor y la inmensidad de mi pena.

¡El pérfido!... ¡el perjuro!... ¡el fementido!... ¡el ingrato!... Todo es poco, Eulalia mía, para anunciarte su inicuo proceder.

¡Y yo que le amaba tanto!...

Llegó la temida época de vacaciones, marchó al hogar paterno, nos juramos cuanto se puede jurar, fué fiel breves momentos, decayó su constancia á los pocos días, y cuando anhelosa, agonizante, aguardaba la fatal nueva de una penosa enfermedad, sé, por quien le conoce y le ha visto, que posponía mi amor, mis juramentos, mis ilusiones... ¡ah!... me tiembla la pluma al trazarlo, me olvidaba por los rosados calzoncillos de una bailarina...¡Eulalia!... ¡Eulalia!... tú que sabes cuánto le quería y á qué altura rayaba mi orgullo, comprenderás qué herida habré recibido con tal afrenta.

Mi sentencia está firmada. Mi pobre hermano habrá sido el inconsciente instrumento de mi última resolución. Trajo el otro día la famosa novela de Pachot *Las ruinas de mi convento*, y yo, anonadada, autómata de tanto sufrir, abro el libro, recorro maquinalmente la vista por sus páginas, leo después y lloro al fin.

Seré monja. Aunque su amor no haya sido el de Manuel, yo seré una nueva sor Adela en el claustro. ¿Te acordarás de tu desdichada amiga?.....

No vengas á verme, porque á pesar de las furtivas lágrimas de mi pobre padre y de la actitud sombría de mi hermano, estoy resuelta. Antes de terminar el año habré entrado en un convento. Allí tu amiga, sin amor, sin ilusiones, con un abismo en el alma y un cadáver en el pecho, rogará también por tí.

EL AUTOR AL LECTOR

Carmen no llegó á atravesar los umbrales del claustro. La terrible sacudida que acababa de experimentar conmovió de tal manera su delicada naturaleza que la condujo á las puertas de la muerte. Llegó á tiempo un joven doctor de creciente fama, que al arrebatar su presa á las parcas, salvó el abismo de su alma casándose con ella.

Curada Carmen de su romántica pasión, quiso hacer auto de fe con aquellos libros (motor principal, según ella, de su pasado desvarío), pero una mano experta, que bien pudo ser la del médico redentor secundado por el buen sentido de Eulalia (que al saber la infausta nueva voló al lado de su amiga), los salvó de la catástrofe, alegando en su defensa, que si alimento sobrado fuerte para su débil cerebro, no por eso dejaban de ser preciadas joyas literarias.

FRANCISCA SANCHEZ DE PIRRETAS.

NOTICIAS VARIAS

EL TRABAJO MUSCULAR DE LOS ASCENSIONISTAS. – La energía muscular desarrollada por el hombre en determinadas condiciones es á menudo sorprendente, pero hasta ahora no ha sido, que sepamos, expresada en cifras que faciliten la comparación. El doctor Buchheister ha calculado recientemente el trabajo realizado por los que hacen la ascensión de una elevada montaña. Suponiendo que un hombre cuyo peso sea de 75 kilogramos suba á una altura de 2.135 metros, producirá un trabajo efectivo de 160.000 kilográmetros efectuado principalmente por los músculos de las piernas. Pero es preciso también contar el trabajo de los músculos del corazón cuya función consiste en producir la circulación de la sangre por las arterias y por las venas. La velocidad inicial comunicada á la sangre es de unos 45 centímetros por segundo y representa, teniendo en cuenta el volumen de la sangre puesta en movimiento á cada pulsación, un trabajo de o'55 kilográmetros. El término medio de las pulsaciones de un adulto es de 62 por minuto, pero con la ascensión aumenta considerablemente este número: suponiendo, pues, 100 pulsaciones por minuto, el trabajo de la circulación durante las 5 horas (duración media probable) de la ascensión es de 16.500 kilográmetros. A estas cifras hay que añadir el trabajo de los músculos respiratorios que cabe estimar en o'55 kilográmetros por aspiración: contando 25 aspiraciones por minuto, aquél representa 4.125 kilográmetros. De modo que el trabajo efectuado en las 5 horas de ascensión es por lo menos de 180.000 kilográmetros. Agregando á esto el trabajo que representan el roce con el suelo, los esfuerzos para guardar el equilibrio etc., etc., cuya estimación precisa es difícil, el doctor Buchheister deduce que una ascensión de 5 horas á una altura de 2.135 metros representa 190.000 kilográmetros desarrollados con una potencia media de 10'5 kilográmetros por segundo.

(De *La Nature*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN